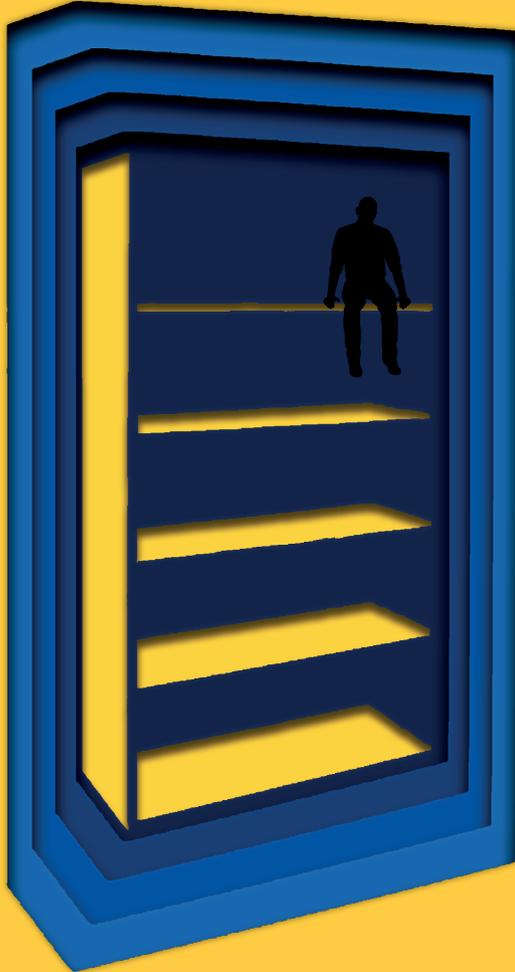




EL LADO EQUIVOCADO

RAQUEL HOYOS



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

EL LADO EQUIVOCADO

Raquel Hoyos Guzmán

D.R. 2022 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla
Avenida Reforma 1519, Barrio de San Sebastián
C.P. 72090, Puebla, México

Primera edición: 2022

ISBN: 978-607-8123-86-5

Diseño editorial: Edgar Mendoza Dorantes

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Hecho en México



DIRECTORIO

H. Ayuntamiento de Puebla

Eduardo Rivera Pérez
Presidente Municipal Constitucional

Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Fabián Valdivia Pérez
Director General

Subdirección de Desarrollo Artístico, Cultural y Patrimonial IMACP

Mauricio Pardo Ruiz

Coordinación de Fomento a la Lectura y Editorial IMACP

Diego Rodríguez Moreno

CANASTA DE ESCRITORES POBLANOS

A principios de julio, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus escritos.

La participación fue bastante amplia y la propuesta que se presentó fue extraordinaria. No era para menos, pues la riqueza literaria de nuestro municipio es legendaria y con esa variedad de temáticas, fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad se convierte en una de las misiones más nobles e interesantes, debido al enorme talento local que brindará nuevas perspectivas entre la juventud de nuestra ciudad.

La presente publicación da muestra de esa calidad literaria que habita nuestras calles, misma que no sólo difunde la memoria histórica, sino que también aborda cada rincón de nuestra ciudad a través de obras cuya fuerza radica en la sencillez de las palabras, mismas que logran aproximar al lector a cada recoveco de Puebla.

Me llena de orgullo presentar esta colección y estoy seguro de que cada página será un verdadero deleite para el lector que tenga el lujo de contar con esta publicación en sus manos. No me queda más que ofrecerte esta *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, esperando que puedas disfrutar de esta serie de obras cuya fuerza estética pone en alto el Arte y la Cultura de nuestra sociedad.

EDUARDO RIVERA PÉREZ
PRESIDENTE MUNICIPAL DE PUEBLA
2021-2024

Raquel Hoyos Guzmán, 04 de abril de 1986

Raquel Hoyos es licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP. Es autora de la compilación de cuentos “*Maldita*”, editada por la Secretaría de Cultura del estado de Puebla en 2021. Ganó el concurso de *Cuento de Rock Parménides García Saldaña* en 2017; el segundo lugar en el certamen de cuento *Mujeres en Vida* 2019, organizado por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; y el primer lugar en la convocatoria “*Los excéntricos*”, de la editorial tijuanaense Lapicero Rojo, en el mismo año. En 2021 obtuvo el primer lugar en la convocatoria “*Otras formas de amar*” de la plataforma Ipstori y el segundo lugar en el concurso “*Mujeres que se vuelven tinta*”, convocado por el Centro Cultural Elena Garro.

Algunos de sus relatos han aparecido en las antologías *Todos somos Teresa*, *La habitación de Woolf*, *Nosotras* y *Cuentos de alteración*. Además, ha publicado relatos breves de ciencia ficción y terror en las páginas *Especulativas*, *Penumbria*, *Semillas de sauce*, *Espejo Humeante* y *Diablo Negro*.

Este año publicará con Odo ediciones su segundo libro, ganador del Primer premio de libro de cuentos *Imaginación y Futuro*, convocado por la MexiCona.

· PEQUEÑAS DIFICULTADES	8
· EL LADO EQUIVOCADO	17
· AUDICIONES	23
· UNA BUENA MUJER	27
· MONSTRUOS	37
· PIDE UN DESEO	43
· SALVACIÓN	47
· SACRIFICIO	51
· OVEJA NEGRA	57

PEQUEÑAS DIFULTADES

Desde el sillón, Lucas me miraba con sus ojos tristes de canica. Le ofrecí sus golosinas favoritas y permaneció indiferente. Empecé a preocuparme. Las madres no biológicas sabemos que algo no va bien cuando nuestros pequeños no siguen su rutina, dejan de saltar de un lado a otro y ya no rompen lo que encuentran a su paso. Tuve que cancelar las siguientes clases para llevar a Lucas al veterinario. Desde el automóvil, por el altavoz, le expliqué a Jessica, su veterinaria desde cachorro, los síntomas y la actitud extraña de mi perrhijo.

Lucas fue más valiente que yo en el consultorio. A un lado de la mesa de metal, jalaba mocos, me limpiaba las lágrimas y hablaba con la voz entrecortada. Lo inyectaron y regresamos a casa con medicamentos para su obstrucción intestinal. Si no mejoraba, debíamos regresar al otro día a que le hicieran un lavado. A un lado de mi cama, coloqué su canasta para monitorearlo durante toda la noche. En algún momento de la madrugada, el sueño nos venció a ambos.

Desde el tragaluz entraban los primeros indicios del día, aún insuficientes para despertarnos. Pero me alertó el sonido de un esfuerzo por regurgitar y me arrancó muy rápido del sueño. Me incliné para ver a Lucas; vomitaba afuera de su colchón, sobre la alfombra. Después de las arcadas, su expresión triste me rompió el corazón. Me levanté para abrazarlo, limpiarle el hocico y colocarlo sobre una de sus mantas limpias. No tardó en quedarse dormido, estaba exhausto por el esfuerzo y el malestar.

Aunque aún era muy temprano, no regresé a la

cama, no podía hacerlo sin limpiar los fluidos de Lucas. Me puse los guantes, recogí el vómito con periódico y tardé alrededor de media hora en lavar el fragmento de alfombra que había sido afectada. Cuando llevé la basura al bote, noté un diminuto objeto que resaltaba sobre el papel. Era como un gusano que se movía. Sentí mucho asco. Primero pensé que sería una lombriz, después fue tomando forma: tenía piernas y brazos minúsculos, cabeza y cabello. Había encontrado el juguete que provocó el problema en la panza de mi perro. Con los guantes puestos, tomé al pequeño muñeco. Me sorprendió el material flexible del que estaba hecho. Lo tomé del cuello de la camisa y lo sacudí. Su cuerpo escurría en fluidos. Parecía una personita desmayada. De repente, abrió los ojos. Solté un grito y casi lo dejo caer al suelo. Lo caché en el aire. Empezó a moverse con desesperación. Temí que me mordiera como si fuera un insecto. Entonces, lo arrojé a una cubeta. Regresé confundida a la habitación. Lucas seguía dormido. Puse la cubeta en una esquina, con el pequeño ser intentando escalar por las paredes lisas sin éxito. Retrocedí varios pasos. Me pregunté de dónde lo habría pescado mi perro. Lo más probable era que en el parque. ¿Estaría soñando? Me tallé los ojos. Volví a la cama y me obligué a dormir. Esperaba que al despertar, todo hubiera sido un extraño sueño. Lucas me despertó con sus acostumbrados saltos sobre mi espalda. Me alegró verlo con mejor semblante. Lo abracé y le prometí que en un momento le serviría el desayuno. Mi tranquilidad duró muy poco cuando mi vista se encontró con la cubeta en el rincón. La había sacado por completo de mi mente. No quería asomarme, pero temía que Lucas fuera antes que yo y se tragara de nuevo aquel juguete. Me dije que era solo

un juguete y que quizá estaba tan desvelada que aluciné con verlo moverse.

Cargué a Lucas y lo llevé a fuera de la habitación para mantenerlo seguro. Caminé lento hacia el rincón mientras mi perro arañaba la puerta pidiendo entrar. Me asomé con temor. El pequeño ser estaba en posición fetal, sosteniendo sus rodillas con los brazos. Quizá dormía. Tomé un lápiz del buró y piqué al hombrecito. Saltó alterado. Clamaba con terror que no lo lastimara. Pasó un rato antes de que dejara de gritar y aceptara escucharme. No estoy segura de haberlo convencido de que no le haría daño, creo que más bien se resignó a esperar lo que seguía. Le prometí darle comida, agua y colocarlo en un lugar seguro donde Lucas no pudiera tragarlo de nuevo. Cargué la cubeta para llevarlo a la sala y que no lo siguieran poniendo nervioso las exigencias de Lucas detrás de la puerta. Incliné el recipiente para que pudiera bajarse en el librero. En una tapa de botella le di agua y, en otra, un pedazo de pan. Comió nervioso ante los gruñidos del perro y mi mirada curiosa. Quería darle privacidad pero me preocupaba que escapara.

No podía pasarme el día vigilándolo. Le conté que yo daba clases de yoga a unas calles de la casa, me ausentaba la mayor parte de la mañana y a veces en las tardes. Le dije que podía quedarse, que con nosotros no le faltaría nada y que quizá, algún día, Lucas llegaría a aceptarlo. Me miró molesto, sin decir palabra. Me sentí mal de haberlo ofendido con el ofrecimiento, como si estuviera adoptando una nueva mascota; pero no sabía qué más hacer. Lo dejé en el librero mientras preparaba el almuerzo. Había cancelado las clases de ese día para estar con Lucas, aunque él parecía estar mejor. Tenía mucho qué hacer como para ponerme a

cuidar a un hombrecito que quizá no deseaba ser cuidado. Además, ¿cómo debía tratarlo?

Aproveché el día para ponerme al corriente con diversos pendientes. Cuando quedé libre, me asomé al librero donde había dejado al hombrecito y, como sospechaba, ya no estaba ahí. Aunque me sentía una persona horrible, en el fondo deseaba que se fuera y no tener un compromiso más.

La tarde transcurrió relajada, Lucas estaba tan activo como siempre, incluso salimos a dar un paseo. Sin embargo, no podía sacar a aquel hombrecito de mi mente; me preguntaba dónde estaría, cómo habría podido bajar del librero, qué futuro le esperaba. Quizá, cuando barriera la sala, encontraría su cadáver. Habría muerto por una caída o por inanición. El sentimiento de culpa se extendió incluso hasta el anochecer. Si no fuera porque estaba desvelada, quizá no habría logrado conciliar el sueño.

Al paso de los días, fui olvidando al hombrecito. Lucas y yo estábamos tan felices en nuestra rutina hasta que él apareció de nuevo. Una tarde en la que estaba leyendo en la sala, escuché un “tss, tss”, desde el librero. Al darme vuelta, lo vi de pie, dos estantes más abajo de donde lo había dejado. Su ropa estaba ajada y se le veía demacrado. Cuando me acerqué, se dejó caer y permaneció sentado. Estaba muy cansado para huir. Me pidió agua y me contó que en tres días solo había podido llegar hasta ahí. El pan y el agua se le habían terminado y creyó que en cualquier momento moriría. Me alegró que siguiera con vida y que decidiera pedirme ayuda.

En páginas de jugueterías encontré una gran variedad de artículos pequeños. Pedí una casita, ropa y otras

curiosidades. Aún no sabía bien cómo íbamos a adaptarnos, pero no podía abandonarlo a su suerte... otra vez. En lo que llegaban las cosas de Rodo, como me pidió que le llamara, le improvisé una cama con almohada, del fragmento de un cojín de Lucas. Alimentarlo no era gran problema porque lo que consumía era mucho menor a un bocado de mi comida. Corté diminutos trozos de jabón, coloqué agua tibia en una salsera y lo dejé a solas para que se diera un baño. Se envolvió en un trozo de tela en lo que su ropa se secaba; como eran prendas muy pequeñas, las lavé en unos segundos y las metí al microondas a secar.

Rodo no recordaba su pasado. Me pidió quedarse en lo que descifraba cómo regresar a su ciudad, con su familia; porque algo le decía que había una familia que lo esperaba. Acepté sin pensarlo, le aseguré que podía quedarse el tiempo que quisiera y que para mí no representaba ningún problema. Al verlo de cerca, ya limpio, me di cuenta que era muy guapo; de haber sido un hombre de tamaño normal, me hubiera intimidado su atractivo. En un par de días llegaron las cosas que pedí para Rodo. Aunque la cama le iba un poco grande, me dijo que era muy cómoda. La casa tenía también un comedor, sillitas y trastes aptos para él. Obviamente, el televisor era un adorno, pero podía sentarse en el sillón de su minisala. Otra ventaja era la tina del baño, que era mucho más práctica que la salsera. Su nuevo hogar, tenía sus pros y sus contras, pero era más cómodo que vivir en un mundo de gigantes todo el tiempo.

Rodo era gracioso y conversador. Me gustaba tener a alguien en casa que me respondiera. Aunque habían pasado tres meses de su llegada, mi perro no terminaba de acostumbrarse al hombrecito y debíamos tener cuidado

siempre de que no estuviera a su alcance. Para Lucas era extraño ver a ese diminuto ser moviéndose y hablando. Cada vez que lo veía, le manifestaba su desconfianza gruñendo y mostrando los dientes. Guardaba silencio cuando lo reprendía; le decía que era un amigo y debía tratarlo bien, pero lo seguía mirando con enojo.

Los viernes se convirtieron en noche de películas. Colocaba la silla de Rodo en el comedor, a varios metros de distancia de la pantalla. Me imaginaba que sería como ir a un autocinema. También me sentaba a esa distancia para que pudiéramos comentar la cinta y comer palomitas. Con machacar algunos maíces, el plato de mi compañero se llenaba. Entre semana veíamos algunas series de la misma forma; pronto Rodo tuvo sus favoritas. Entonces ambos seguíamos los capítulos aunque no fueran del estilo que a mí me gustaban. Lucas estaba más celoso que nunca, esos celos que equivalen a los de un niño pequeño, irracionales y furiosos. Ese arrebató lo llevó a escabullirse en la noche, empujar la puerta de la habitación sin hacer ruido, dirigirse a la sala y, quién sabe cómo, alcanzar una orilla de la casa de Rodo hasta tirarla al suelo. Al escuchar los gruñidos de Lucas, fui a ver qué sucedía. Lo encontré mordiendo y empujando con el hocico la casa, en busca de su habitante.

Me dolía tanto como a Lucas castigarlo, sobre todo cuando me miraba con esos ojitos tristes desde el otro lado del ventanal, en el patio y sin tener permiso de entrar a la casa. Afortunadamente, Rodo no se había lastimado con la caída. ¿Qué habría hecho yo si se rompía un brazo o una pierna? ¿Cómo llegaría al hospital con ese hombrecito?

Mientras llegaba su nueva casita, Rodo durmió en mi buró, a un lado de mí. Fue realmente agradable darle

las buenas noches a alguien antes de apagar la luz y los buenos días al despertar. Una de esas noches soñé que él era de tamaño normal o que yo era pequeña, no lo sé, pero éramos iguales, incluso él un poco más alto que yo. Pude besarlo, abrazarlo y tuvimos sexo. Me desperté gimiendo. No sé si él me escuchó, estoy casi segura que sí. Estuve avergonzada por varios días.

Pensé en perdonar a Lucas y dejarlo entrar a la casa, como siempre, pero Rodo me convenció de no hacerlo. Me dijo que aún no superaba el trauma del ataque y quizá eso le estaba afectando para recordar su pasado. Me pidió que esperáramos un poco para que se tranquilizara. Así que Lucas permaneció afuera.

Rodo era cada vez más atento, escuchaba mis frustraciones en el trabajo, mis opiniones de cualquier tema, mis alegrías y tristezas. Reíamos mucho. Me decía también que era maravillosa y muy bonita. Deseaba con locura que mi sueño se hiciera realidad y él se estirara de repente, como en un cuento de hadas.

Dejé de invitar amistades a casa para que Rodo no tuviera que permanecer oculto tanto tiempo y para que no me preguntaran por qué Lucas estaba confinado al patio. Además, había adecuaciones en la casa difíciles de explicar, como las rampas que había instalado, la pequeña ropa en el tendedero y muchas pequeñas cosas que Rodo me había pedido los meses que llevábamos viviendo juntos. Mi rutina de los domingos cambió también, en lugar de desayunar fuera, casi siempre en un lugar petfriendly, y pasar un buen rato en el parque, me quedaba en casa con Rodo viendo el fútbol. Nunca me ha gustado ese deporte, pero mientras él lo veía desde su sillita, yo ideaba cómo prepa-

rar minibocadillos. Le servía cerveza en su pequeña taza y si me aburría me levantaba a limpiar la casita. De alguna forma extraña me convertí en una especie de ama de casa que limpiaba, lavaba la ropa de su cónyuge, le cocinaba y lo cuidaba. Solo faltaba el sexo. Lo que más deseaba era lo que no tenía. La idea de estar jugando el papel de su esposa me causaba risa; sus cuidados eran como los de una mascota y su compañía compensaba todo.

Después de varias semanas, en nuestro matrimonio bizarro, empezaron a ocurrir algunas escenas que no sabía cómo interpretar. Por ejemplo, Rodo ya no se daba vuelta cuando me cambiaba de ropa. Entonces empecé a cambiarme en el baño. Pero estoy segura que alguna vez, acostumbrado ya a usar las rampas, me espió desde la puerta mientras me bañaba. Cuando salí, lo vi sobre la alfombra y no me dio ninguna explicación. También lo descubrí muchas veces masturbándose. No sé si él se daba cuenta, pero yo me hacía la desentendida. Rodo empezó a estar cada vez más molesto. Yo lo atribuí a que le afectaba no recordar. Intenté ser paciente. La ropa que le compraba no le gustaba, así que lo acercaba a la computadora y él elegía lo que quería. Pidió también otra cama, una más grande y nuevos muebles. Sus exigencias iban en aumento, incluso en la comida. Me hizo una lista de lo que le apetecía, como yogurt griego, quesos finos y carnes frías. Aunque eran pequeñas las porciones que comía, cumplir todos sus caprichos era agotador. Pidió también que cambiara el aromatizante que usaba para limpiar su casa porque decía que era muy molesto para su pequeña nariz. Para ese entonces, Lucas ya ni siquiera pedía entrar. Se la pasaba en el patio y cuando me veía, no se emocionaba como antes.

Pasado medio año, le sugerí tomar terapia virtual para trabajar su agresividad y su trauma. Le dije que podía hacerlo con la cámara apagada para que no supieran de su condición. Rodo me gritó que era una insensible y una tonta. Empezó a arrojarme sus objetos diminutos y una taza me lastimó el ojo. Me fui al sillón cubriéndome la cara. Cuando pude abrir los ojos, aún con uno lloroso, lo vi en su casa, destruyendo todo. Volteo y me gritó “¡Qué me ves, estúpida!”. Y entonces me di cuenta que a pesar de que yo podía aplastarlo con una mano, él no me temía; pero yo a él, sí.

Sequé mis lágrimas, me dirigí al patio, abrí el cancel y busqué a Lucas. Me puse de cuclillas, lo abracé y le pedí que me perdonara; abrazado, lo llevé adentro y lo solté en la sala. Antes de llegar a la casita de Rodo, Lucas volteó a verme con miedo. Le dije que no se preocupara, que no iba a regañarlo. Estuve atenta para que, llegado el momento, pudiera pedirle a Lucas que escupiera al hombrecito, o los trozos que quedaban de él. Por fortuna, mi perro es tan listo que pareció entender que no valía la pena tragarse de nuevo esa cosa. Lo masticó unas cuantas veces y lo escupió en la alfombra. Limpié de inmediato las pequeñas manchas para que no quedaran marcas. Busqué una bolsa de basura y lo arrojé con todo y los objetos pequeños que había comprado en los últimos meses.

Después de dejar la bolsa en el contenedor de la esquina, llevé a Lucas al parque y en la noche vimos una película que yo elegí.

EL LADO EQUIVOCADO

Quisiera volver a escuchar la canción que “M” reproducía todas las mañanas, la misma que podía oírse desde cualquier punto de la casa, mezclada con el rechinar de las vigas del techo. Desde que llegamos a vivir aquí, levantarse se convirtió en algo mecánico, una rutina aprendida que podría imitar cualquier autómatas sin dificultad: un autómatas programado para ignorarme. Deseaba poder decirle basta, detente un momento, descansa de este guion sin líneas. Ahora, a todo este espacio, solo puedo llamarle ausencia.

La última vez que escuché su voz hablamos de ambición y de mala suerte, de sueños que habían abordado trenes distintos. “M” arrojó su copa de vino a la pared. La mancha sigue ahí, ninguno de los dos se preocupó por limpiarla. Me pregunto si debí asustarme en ese momento, si él hubiera deseado que la pared fuera mi cabeza. Permanecí inmutable, imaginando la perfecta metáfora de nuestra relación mientras las últimas gotas resbalaban al suelo. Quise detenerlas con la mirada. Fallé. Fui a la cocina por un vaso desechable y le serví más vino. Busqué en su celular nuestra playlist favorita. Bailamos –le llamábamos bailar a saltar ridículamente de un lado a otro, moviendo la cabeza y los brazos en un trance patético–. Esa noche “M” me preguntó por qué siempre actuaba como un animal herido que se nebaga a abandonar su jaula. Rompí las reglas, respondí con otra pregunta: ¿Por qué sigues aquí? Porque me necesitas, me contestó. Y los dos perdimos el juego.

Discutimos. Me subo al auto. Él me sigue. Es de noche. Entre la conciencia alterada y las emociones desnudas me

siento como en un sueño, fuera de mi cuerpo, en una película que empiezo a rodar siendo otra, una perversa versión de mí. Close up. Lo miro por el retrovisor. Bajo la velocidad. Palanca de reversa. Acelero. Los efectos de sonido y la fotografía son perfectos desde mi distancia de directora. El sepia invita al espectador a conmovirse con la escena de un amor joven pero marchito. Un golpe, la cajuela abollada. La tragedia dulce. El azar o las decisiones viscerales de una amante dolida. Corte y queda.

.....

Rentamos una casa en las orillas de la ciudad. Él quería silencio y espacio para trabajar en su música, sin fastidiosos vecinos quejándose del ruido. También yo tenía una habitación propia con escritorio, un librero repleto de los mejores ejemplares y la paz del entorno. La tranquilidad económica nos tenía a poco de perdernos en el ocio. Yo poseía, sobre todo, en medio de la perfección, una mente en blanco. Mi creatividad de escritora se había detenido en seco sin mandarme una carta de jubilación anticipada. Ni siquiera podía argumentar pereza. Era como si todas las palabras hubieran migrado hacia un lugar a donde no podía alcanzarlas; y pasaba los días rogándoles que volvieran. En algún punto de la casa escuchaba a “M” lidiar con su propio conflicto. En otro tiempo o en otro lugar, nuestro hogar se hubiera llenado de nuevas melodías, y no de gritos, golpes y objetos que se estrellaban en los muros.

Podría haberle recomendado a “M” salir y dar un paseo, conmigo o sin mí –es más probable que sin mí–. Me ahorré un consejo inútil. Quizá con botas de lluvia, no en

tenis, la experiencia no hubiera sido tan mala. De todas formas no había mucho qué ver en ese barrio en crecimiento. Y no es que fuera una estúpida pensando que la naturaleza estaba sobrevalorada; más bien, el entorno era un engaño. Obviamente, aquella gran extensión de tierra había sido otrora hermosa, incluso se rumoreaba que un exgobernador poseía un enorme rancho del otro lado de la colina, donde aún se apreciaba un verdor envidiable. De este lado, del lado equivocado, habían quedado apenas algunas señales de sembradíos y de árboles que una empresa constructora había aplastado para hacer conjuntos de casas idénticas, proyectadas para una futura sobrepoblación. El proyecto empezaba apenas. Había una sola propiedad, una exhacienda casi en ruinas que seguramente también sería destruida, la que alquilábamos nosotros. Nuestros vecinos más cercanos estaban a varios metros, en hogares con techos de lámina, niños famélicos y perros aún más flacos que ellos. La mayoría nos miraba con un rencor indirecto cuando pasábamos en nuestro automóvil frente a sus casas improvisadas. Sin embargo, afuera, en la miseria, había risas y alegría que intenté recrear en la imaginación para llenar mi propio espacio; adentro, no había música ni voces, ni siquiera una mascota para hacernos sentir vivos.

Para qué decirle a “M” lo tonto que había sido, si él lo sabía, como también sabía que yo lo hubiera seguido a donde fuera, que cuando me dijera que esa vieja propiedad en medio de la nada sería nuestra feliz casa de campo, yo le creería. Con mi ingenuidad romántica pintaría el entorno del color que yo quisiera verlo. El entusiasmo me duró muy poco. El frío de la casa me traspasó la piel. La indiferencia y

el silencio de “M” terminaron por apagarme.

No es que ahora sea pesimista, le dije aquella noche; más bien, para mí, la decepción es un gusano perezoso que se queda embarrado en el pavimento. Soltar algo así era como lanzar una granada que no era para él, pero que extrañamente siempre se le clavaba una esquirla en alguna parte del cuerpo. “M” se volvió un cúmulo de despojos y heridas, un hombre roto. Algunos días le faltaba una pierna, otros un brazo; a últimas fechas, el corazón. La ofensa estalló en una pelea.

Él se sube al auto, antes de que arranque alcanzo a abrir la puerta del copiloto. La toma es abierta y la banda sonora acentúa la angustia. Recorre los muchos metros que nos separan de la entrada del predio. Al dar vuelta hacia el camino empedrado, el giro me obliga a soltarme. Siento las rodillas y las manos arder. Se detiene. Nuestras miradas se cruzan por el espejo retrovisor. Retrocede a alta velocidad. Estoy muy cansada para levantarme. El rechinado de las llantas y el polvo me hacen cerrar los ojos. La secuencia se distorsiona, cambia el plano y todo se vuelve oscuro.

.....

Tres meses, dos fantasmas, una casa. Nos encontrábamos a veces, comíamos juntos sin hablar; íbamos a la ciudad sin hablar; comprábamos víveres sin hablar. En un intento de recobrar el lenguaje, mi lenguaje, escribí en papeletas frases que saqué de algunos libros y las pegué por toda la casa, menos en su estudio, su espacio sagrado, en el que había pegado su propio cartel: prohibido entrar. Me arropaban las letras de mis historias favoritas, las leía y releía

cuando pasaba frente a ellas, deseando que encendieran una chispa que me motivara o que, por lo menos, me quitaran un poco el frío. Para no hablar, habíamos inventado un sistema de comunicación con la mirada que me sorprendía por su exactitud.

Aquella tarde dijo que estaba harto de la casa, de su trabajo, de mí, de la vida... que necesitaba estar solo. Antes de azotar la puerta, estoy segura que entendió que mis ojos le contestaron “vete al diablo”. Me quedé en la misma posición por horas, sin moverme y sin respirar. Esperaba desaparecer, transportarme a otro lado.

Al anochecer, las luces del auto iluminaron mi rostro y el interior de la sala. “M” apagó el motor, entró y encendió la luz. Traía el pelo húmedo y olía a jabón. Dejó unas bolsas en la mesa del comedor. Me levanté del sillón y fui a revisarlas. Había vino, cervezas y whisky. “M” se acercó y me extendió un cigarrillo de marihuana. Fue la primera y última vez que sonreí en esa casa. Lo guardé en la bolsa delantera de mi overol y busqué el sacacorchos. Bailamos. Bebimos todo y fumamos todo. Esa noche el alcohol motivó nuestras lenguas. Firmamos la aceptación del fracaso. Tal vez lloramos, quizá solo yo, o fue él. Parecía que habíamos llegado a un acuerdo, que el pacto estaba por sellarse; pero al dividir las culpas, como siempre pasa, saltaron las protestas. En ese instante podría haber arrojado de nuevo la moneda y elegir entre mi libertad y el sacrificio. Vámonos, le propuse. Es la casa, somos sus fantasmas.

Nos subimos al auto. Él maneja a toda velocidad. Salimos de la propiedad y llegamos al camino empedrado que se transforma en una espiral. Nos miramos. De repente, la expresión de “M” se turba, como si no me reconociera. Se inclina

para abrir mi puerta e intenta empujarme hacia afuera. Me aferro a su chamarra. Un golpe en el cofre nos hace voltear. Frena con violencia. Nuestros cuerpos se sacuden. Quedamos en espasmo no sé cuánto tiempo. Bajamos. Suplico que no sea una persona a la que golpeó el auto. De la guantera, "M" saca una lámpara. Al encenderla, se distingue el cofre abollado y el parabrisas con una cuarteadura. Alumbra el camino. Sobre el pavimento vemos cómo nuestro cuerpos yacen quebrados. En shock, nos quedamos de pie mirando nuestro reflejo, a la espera de que uno de los dos rompa el silencio. Una voz en off recita el más crudo de los poemas, mientras los créditos van apareciendo en la pantalla.

.....

Despierto. Tocan la puerta. Está por amanecer. Me asomo desde la cortina. Veo a dos hombres con uniforme y detrás de ellos una patrulla. Miro más allá. El auto no está. Viene a mi mente el impacto. Los policías tocan más fuerte. Busco en cada una de las habitaciones a "M", pero no lo encuentro. Uno de los policías grita preguntando por los habitantes de la casa. Me recargo en la pared, a un lado de las escalera; resbalo poco a poco hasta llegar al piso.

En la escena postcréditos, la cámara enfoca el camino de tierra en la alfombra, la sangre en mi suéter y el lodo en los zapatos; no recuerdo en qué momento me los puse o por qué, desde anoche, no me los quitó. De fondo, por unos segundos, se escucha nuestra canción.

Frente a aquella fachada simplona que ostentaba un letrero con el título “Hotel amanecer”, verifiqué la dirección varias veces. No estaba segura de que aquel era el lugar de la cita. Comparé la escueta información de la tarjeta con el número dibujado en la puerta de entrada al menos seis veces. Y sí, la calle y la cifra coincidían. Entré con la tarjeta en la mano por si alguien me preguntaba qué hacía ahí y no supiera explicarle que ni yo misma lo sabía. Tenía aquel pedazo de papel como mi único escudo ante los cuestionamientos.

Al cruzar la puerta, detrás de una mesa de recepción con varias bolsas que decían “Bienvenidos”, una mujer me sonrió con exagerada cortesía; llevaba un tipo blog en las manos, como de esos que usan los encuestadores. Preguntó mi nombre y mi talla. Lo de la talla me pareció extraño, pero le respondí “extra chica”. La mujer miró mi pequeño cuerpo como diciendo “claro, es obvio”. Estaba por tomar una de las bolsas porque creí que eran de regalo para los asistentes, cuando la mujer me detuvo.

—Disculpa, querida, estas son para el final, para los que sean seleccionados.

—¿Seleccionados para qué? —pregunté un tanto avergonzada.

—Mira, te tocó el número 26. Espero que sea el de la suerte. Cruza el lobby y del lado derecho está el salón de audiciones —me dijo ignorando mi pregunta. Aunque de cierta forma la había respondido con eso de las “audiciones”.

Le di las gracias y me dirigí a donde me había indicado. El salón era enorme, tanto que jamás me hubiera imaginado que existiera una habitación con esas dimensiones en un edificio que por fuera lucía angosto y simple. Mientras caminaba me dije que aún estaba a tiempo de retroceder y regresar a mi cubículo; pero tenía la esperanza

de que en esas audiciones pagaran algo, que el premio para los ganadores fuera económico. Esperaba que no se tratara de un nuevo empleo porque no podría sumarle algo más a mi vida. Necesitaba el dinero, sí, sobre todo para pagar las deudas del banco, pero ya no tenía un minuto libre. Me pregunté cómo le hacían las generaciones anteriores para trabajar, comprar una casa, mantener una familia y tener tiempo de ocio. Yo no tengo ni una mascota porque eso significaría dejarla sola todo el día. Mi sueldo solo alcanza para pagar la renta, comprar comida y algunas cosas básicas. Soy una robot que existe para formar parte del engranaje de una empresa para la que soy prescindible. Quizá de eso debí disfrazarme, de robot, porque es el papel que mejor sé interpretar.

Era obvio que 25 personas habían llegado antes que yo, las mismas que iban y venían por todo el cuarto, en lo que parecía un ensayo antes de su actuación. Unos se arrastraban por el suelo, otros ejecutaban complicadas contorsiones; algunos más saltaban de forma caricaturesca, caminaban arrastrando los pies o hacían grotescas gesticulaciones. Debo confesar que la que más me incomodó era la mujer que lloraba con tal dolor que no estaba segura si me provocaba melancolía o terror. Miré mi reloj, faltaban cinco minutos para la hora marcada en la tarjeta. Al fondo del salón, vi unas sillas vacías y me dirigí hacia allá, intentando no chocar con nadie. Mientras avanzaba, me sentía fuera de lugar. Aquellas personas vestían disfraces muy elaborados, incluso caracterizaciones de heridas, y me pareció ver que alguien simulaba no tener un brazo. Y yo simplemente iba con mi vestido negro y unas botas desgastadas. Si aquella mujer que me dio la tarjeta a orillas de las vías del metro se hubiera tomado la molestia de explicarme de qué se trataba, podría haberme preparado. Creo que la vi solo unos segundos, cuando tiró de mi brazo, me dio la tarjeta y me soltó de nuevo.

Elegí la silla más alejada. Faltaba un minuto y yo me

seguía preguntando qué hacía ahí, cuando podía estar en la oficina, trabajando con números y facturas como cada día. Los números son predecibles, exactos; eso me gusta, el orden, la coherencia, la normalidad, pero aquí todo es caótico y extravagante. Quizá el shock no me permitía salir corriendo y regresar a mi soledad. Ni si quiera hablaba con los vecinos porque eran personas difíciles de entender, como todos los seres humanos. Tampoco escuchaba música, porque altera las emociones; ni películas, porque me hacían pensar. Libros sí tenía, sobre todo de ejercicios algebraicos que me gustaba resolver.

A las doce en punto, la mujer de la tarjeta entró con otros dos hombres. Reconocí el rostro de ella a pesar de las túnicas blancas con capucha que todos vestían. Tomaron su lugar en la mesa, detrás del letrero de “jueces”. Permanecí atenta a la sesión. Dijeron algunas palabras de bienvenida y agradecimiento, tomaron lo que parecía ser la lista con los nombres de los participantes y llamaron a cada uno. Rogaba en silencio por no ser una de las primeras. El participante en turno se colocaba frente a los jurados y hacía lo mismo que en su ensayo anterior, pero con mayor esfuerzo. Aunque parecía que las audiciones eran ágiles, me di cuenta que empezaba a anoecer. Decidí no pensar en lo ilógico del cambio y mejor retirarme. Sin talentos que demostrar, estar ahí era absurdo. Cuando me levanté para marcharme con sigilo, pronunciaron mi nombre. Todos voltearon a verme y me sentí obligada a ir delante de los jueces. Los miré a los ojos y con voz humilde les confesé que no tenía ningún talento, que me había equivocado y que era mejor que me fuera en ese instante para no hacerles perder su tiempo.

—¡Alto! —me ordenó la mujer que había conocido en el andén.

Regresé sobre mis pasos y esperé un reclamo. Pero no parecía estar enojada, ninguno lo estaba. Me preguntaron algunos datos de mi vida y me escucharon con pacien-

cia. Acto seguido, me pidieron golpear la pared con las dos palmas, usando mediana fuerza y en repetidas ocasiones. Después me dieron una cadena y pidieron total silencio para que la arrastrara y pudieran escuchar el sonido. Preguntaron qué tanto podía encorvarme. Lo que más les sorprendió fue mi capacidad para hacer distintos sonidos guturales, una habilidad que ni yo misma sabía que tenía. Antes de regresar a mi silla, los otros participantes me aplaudieron. Aunque la escena era de lo más ridícula, me sentí halagada. No recordaba cuándo había sido la última vez que me emocioné tanto.

Los jueces anunciaron que saldrían del salón para deliberar. Estaba nerviosa. No tenía idea de en qué participaba, pero igual quería ganar. Nunca antes había ganado nada. Hasta ese momento de espera, caí en cuenta que ya había oscurecido por completo.

El momento del anuncio llegó y yo estaba entre los elegidos de la primera lista; éramos 13, la mitad de los participantes. Los jueces alentaron al resto a no desanimarse. Mientras seguía la fila de los seleccionados, escuché que les decían a los perdedores que debían regresar al sótano. El guía asignado, con un anticuado uniforme de botones de hotel, nos llevó por las escaleras y fue indicándole a cada uno el piso que le correspondía. Así vi a todos mis compañeros quedarse y yo seguía en el recorrido. Llegamos al piso 13, no había más. El guía me indicó que ese sería mi piso. Extendió la mano y me dio una de las bolsas que vi al entrar. La abrí de inmediato con mucha curiosidad y saqué un libro, en la portada decía "*Manual del buen asustador*" y otro paquete con un traje en talla extra chica. Levanté la cabeza para preguntarle qué significaba eso, pero el chico ya no estaba y el pasillo se había convertido en un andén. Cerré los ojos, sentí mi cuerpo impulsarse al frente y escuché cómo el tren se acercaba cada vez más.

Beca se sintió atraída desde el momento en el que vio a Andrés entrar a su tienda de velas aromáticas. El joven llegó a preguntar si tenía un cable universal para recargar su automóvil. Le dijo que en la acera había visto estacionado un modelo parecido y pensó que quizá ella era la dueña. Sí lo era. Le dio el cable y más tarde su número de usuario para que la contactara.

En tres meses se cumplirán seis años de aquella tarde. La tienda de velas lleva cerrada varias semanas. Beca no tiene ánimos de ver rostros desconocidos y menos a los conocidos, los que llegan a dar sus condolencias. Ella siente que esas miradas le dicen “pobrecita, tan joven y ya viuda. Y ahora, qué va a hacer”; menos le apetece escuchar la cantaleta de Dina. “Prueba con esa app. Te aseguro que te ayudará a sobrellevar tu situación”. Había dejado de contestar las llamadas de su hermana. Pasaba los días sola en casa. Aunque cumplía con algunos pedidos, la mayor parte del tiempo se dedicaba a ver películas o le pedía al asistente digital que le leyera un libro. Cuando tenía la energía suficiente, tomaba un largo baño en la tina; escuchaba narraciones hasta que la piel de sus pies quedaba curtida y blanda. Entonces, por un instante, lograba alejar de su mente la enorme soledad que ahora ocupaba su cama.

A ratos, el remordimiento la invade y con un movimiento de la mano quita la pantalla y se queda en silencio, sin la música, libros o películas que Andrés detestaba. “Tus gustos son tan simples”, le había dicho tantas veces, que Beca se sentía avergonzada de sugerir ver o escuchar algo que a ella le gustara. Se adaptó a los gustos de Andrés, mucho más sofisticados. A los amigos de ambos, compañeros de trabajo de él, les sorprendía la compatibilidad que tenían como pareja.

Para enfrentar las horas, Beca vacía sus cajones, el closet, la cómoda y se decide a tirar todo aquello que ya no

usa. Entre las calcetas de lana para el frío, los camisones floreados y los calzones color beige, encuentra sus únicas medias de red. “Cuando Andrés te vea con ellas, se va a poner bien caliente”, le dijo Dina para convencerla de que las comprara. Beca desliza el dedo índice por los hilos gastados de las medias. En la parte frontal del muslo la tela luce ajada. Beca se pregunta por qué están maltratadas si solo las usó una vez, hace tres años, en la fiesta de Halloween, cuando Andrés le dijo que el disfraz de mujerzuela no le iba bien, y él mismo fue por el abrigo gris que cubriera el vestido corto que ella había comprado para la ocasión. Asistirían los compañeros de la oficina, el jefe y sus esposas. Cómo se presentaría ella frente a todos con ese atuendo que dejaba poco a la imaginación, le explicó su esposo. Además, añadió que había ganado peso en los últimos meses y el vestido, de tan ajustado, le hacía saltar los rollos de piel de la espalda. Era tarde para elegir otra ropa, así que permaneció toda la noche enfundada en la enorme prenda de su marido. Después, las medias fueron a parar al fondo del cajón, donde quizá, supone Beca, la madera maltrató la tela, entre el sacar y meter los sostenes deportivos y las pantaletas de abuelita. Beca se para frente al espejo. Sonríe al mirarse con las medias puestas. Le gusta la combinación con los botines decorados con una cadena plateada y de punta en pico. Cuando se coloca el vestido, la parte desgastada de las medias queda cubierta. Frente al espejo no lo ve ni diminuto ni ajustado. “Un atuendo de bruja”, pronuncia en voz baja. Beca tiene miedo de mirar su espalda y encontrar aquellos rollos de grasa de los que se burlaba su esposo cuando usaba ciertas prendas. Se atreve a girar y le sorprende ver que todo está en su lugar. Le agrada cómo luce. Permanece varios minutos analizando su reflejo en todos los ángulos; incluso, va a la cocina contoneándose y cruzando un pie tras otro como en una pasarela. Saca una cerveza del refrigerador y la bebe con calma.

Regresa a la habitación, se quita el vestido y se colo-

ca de nuevo frente al espejo; poco a poco se despoja de los zapatos y de las medias sin dejar de mirarse. Frente a su imagen desnuda, da vuelta y detiene la vista en sus nalgas; las aprieta y comprueba su firmeza. Luego jala una silla, se sienta y abre las piernas para ver su vulva. Por un largo rato se pierde en la imagen de esa parte de su cuerpo a la que había dejado de prestarle atención. Lleva su mano al vientre y baja despacio. Enrolla con la punta de los dedos los vellos del pubis. Continúa bajando. Acaricia su piel muy despacio. Llega al clítoris. Una sensación olvidada recorre su cuerpo y le hace flexionar las piernas. Se recarga en el respaldo de la silla, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Continúa tocándose mientras imagina que la lengua de Andrés es la que juega entre sus muslos y su mano la que pellizca los pezones. Un estruendo la hace incorporarse de golpe. Abre los ojos y mira por todo el cuarto. Sobre la alfombra están regados pedazos de una estatuilla que ha caído del buró. Quita de inmediato la mano de su sexo húmedo. La vergüenza desplaza al placer y el sentimiento de culpa se apodera de su mente. Una buena mujer, se dice, no fantasea con un muerto. Antes de disponerse a recoger los fragmentos de la alfombra, guarda las prendas y de nuevo regresa a los pantalones deportivos y las playeras holgadas, de tonos oscuros, más propios de una viuda.

La muerte había sido inmediata, sin sufrimientos. Accidente de automóvil. Andrés fue la única víctima del chofer de tráiler que parpadeó unos segundos. Esa noche, Beca lo esperaba en casa con la cena lista. Se había vuelto experta en calcular los tiempos desde que escuchaba el sonido del coche. Y justo cuando su esposo entraba a la cocina, el platillo lo esperaba con la temperatura perfecta. Beca se sentía orgullosa cuando él presumía a sus compañeros que ella sí era una buena mujer, que cocinaba como las de antes, sin ayuda de asistentes robóticos. “Beca ha aprendido a equilibrar todo. Se entretiene en su tiendita pero no descuida el hogar”, se jactaba Andrés.

Beca pensó que la noche del accidente era de esas tantas en las que su marido se había quedado tarde a trabajar o había decidido ir a algún bar con sus compañeros. Obviamente, no le llamaría, porque como bien decía Andrés, una buena mujer no debía cuestionar los horarios de su esposo. Y se quedó dormida hasta que la despertó una llamada. “Sí, ella era Beca Estévez; sí, su esposo era Andrés...”

En la madrugada salió a reconocer el cuerpo. Al otro día, fue el funeral. De un momento a otro, se había quedado en una casa que habitaban ella y sus recuerdos. Y así transcurría la vida, cocinar solo para ella o no hacerlo; comer cereal de la caja o pizza por dos días. Le parecía increíble todo el tiempo de sobra que se tiene cuando no debes preparar un menú especiales para tu pareja vegana. Para el desayuno, hot cakes de avena con mantequilla de cacahuete –recién hecha– y omelet de harina de garbanzo con espinacas orgánicas. Como cena: crema de apio y cebolla –sin lácteos– y fritata de acelgas; o wrapps integrales de verduras con queso de almendras. Todo preparado al instante, con ingredientes frescos. Ese hubiera sido el menú del miércoles, el miércoles que ella comía pizza directo de la caja y refresco de cola, del que había olvidado el sabor con el paso de los años.

El peso de la cena la adormece y se tira en el sillón. Qué más da, piensa, dejarse llevar por el sueño si no está ahí Andrés para reprenderla por lo impropio del acto, por descuidar su aspecto y su alimentación, por dejar que el asistente hiciera todo por ella. Y así, entre dormida y medio consciente de los ruidos del entorno, una voz llega a sus oídos, primero tenue y luego más fuerte. “¡Eso es de gente perezosa!”. Despierta en el instante, con el corazón acelerado. Se pregunta si Dina tenía razón y el fantasma de Andrés aún seguía rondando por la casa. Sin saber qué hacer, se levanta y recorre cada habitación, llamando muy bajito a su esposo, como si fuera a verlo detrás del librero

o debajo de la cama. Pero no lo encuentra en ningún lugar de la casa. Beca se dice que quizá aquella voz ha sido parte del sueño, de la costumbre, de una rutina que aún no logra sacudirse. Las emociones se le agolpan en el pecho y entre sollozos pide a la nada volver a comunicarse con Andrés solo una vez más, decirle que lo extraña, tener la oportunidad de despedirse. Con la manga de su sudadera se seca las lágrimas y los mocos. Pide al asistente que le diga la hora. Recuerda que su hermana acostumbra dormir tarde. Ordena llamar a Dina.

—¡Escuché su voz! ¿Crees que su fantasma siga aquí? —le dice a su hermana en cuanto aparece en la pantalla, recargada en la cabecera, abrazando un libro y mirando a Beca con gesto de molestia.

—Buenas noches a ti también —contesta Dina con sarcasmo—. Hasta que te dignas a comunicarte.

—Sí, sí, me reclamas después. Quiero que me cuentes cómo funciona la app que me recomendaste para comunicarte con los muertos.

—Es la de la *Ouija*. La buscas así, la descargas y ya. Oye, pero ¿cómo está eso de que escuchaste su voz?

—No sé, creo que fue un sueño, aunque la sentí muy real. ¿Crees que me estoy sugestionando?

—Tal vez. Como dices, puede que haya sido un sueño; pero si no te quieres quedar con la duda, trata de contactarlo. Le puedes preguntar qué necesita para descansar en paz. Quizá dejó algo inconcluso y puedas ayudarlo. Si quieres yo te acompaño cuando la descargues.

—No, gracias, no es necesario. Lo voy a pensar. Ahora que lo digo en voz alta, sueno como una loca.

Después de colgar, Beca no puede evitar sentirse ridícula. Decide irse a la cama antes de seguir pensando en tonterías. A unos pasos de entrar a la habitación, en la semioscuridad, ve un objeto sobre la cama. Cuando las luces se encienden al tocar la alfombra, reconoce el libro encima de la colcha; éste yace abierto en una de las primeras pági-

nas, en la que está un separador que lleva escrito un epígrafe de la biblia: “Y el que había muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: desatadlo y dejadlo ir”. Es el libro favorito de Andrés, el que leía cada noche antes de dormir y después guardaba en su cajón. Beca lo levanta, lo hojea, lee algunos consejos de superación personal, de cómo ser un líder y las decenas de frases subrayadas. Sostiene aquel objeto pensando cómo llegó ahí y se pregunta si se trata de una señal.

Toma su celular, despliega el holograma de búsqueda y en la barra escribe “Ouija”. Aparecen varias opciones; elige la versión con un mes de prueba y presiona “descargar”. En unos segundos, el icono en miniatura del famoso puntero con un ojo al centro aparece en la pantalla. Lo selecciona. La aplicación le pide crear una cuenta, su edad, nombre completo, correo y su código de usuario. Después de registrar sus datos, cubre todo el holograma un tablero digital. Es idéntico a la versión de madera. El ojo, según las instrucciones, se debe apenas tocar con el dedo índice para que éste recorra las letras que indicarán las respuestas de los espíritus. Para ello, Beca debe invocar a la persona fallecida repitiendo tres veces el nombre completo.

Frente al tablero digital, dudosa de colocar el dedo en el puntero, Beca analiza qué sería lo primero que le preguntaría a Andrés y cómo sabría si era él y no otro espíritu impostor. Aprieta los párpados, repite tres veces el nombre y coloca su dedo en el puntero. Espera a que el artefacto se mueva, pero permanece estático. Empieza a repetir incontables veces el nombre de Andrés y a presionar con fuerza hasta que el dedo traspasa el holograma. Por fin aparece un recuadro que dice “Error. Intente más tarde”. Presiona aceptar y en seguida otro recuadro pregunta si quiere recibir notificaciones por mensaje de voz. También acepta. Decepcionada por el fallido contacto con el mundo de los muertos, a poco de amanecer, Beca se cubre de pies a cabeza y llora un largo rato. Le indica al asistente que apague

la alarma para que las ventanas no se abran en la mañana. Quiere dormir hasta que se despierte por sí misma.

Beca sueña con el día de su boda en aquel jardín tan costoso. Se ve paseando entre la decoración holográfica que recreaba un bosque. Las imágenes son muy parecidas al evento real, excepto que está sola. Busca a Andrés por cada rincón del lugar sin encontrarlo. Se hace de noche y nadie más aparece. Cansada, se sienta en una de las sillas vacías frente al altar y empieza a llorar. Siente que alguien toca su hombro. Ve de reojo la silueta, primero los zapatos y luego la orilla del pantalón azul eléctrico. Reconoce el traje de bodas de Andrés. Levanta la mirada y se da vuelta para abrazarlo. Las manos que querían rodear el cuello se quedan en el aire. Beca choca con un torso al que le falta la cabeza.

Pudo ser el grito o la tos que le robaba el aire lo que la despertó. El entorno sigue oscuro. Beca no sabe si es porque aún no amanece y su sueño ha durado unos minutos, o detrás de las ventanas cerradas ilumina ya la luz del día. Ordena al asistente que salga del modo hibernación y que abra las ventanas. Pide también saber la hora y si tiene mensajes. En unos segundos, la luz del mediodía entra lastimosa pero necesaria sobre el rostro de Beca. El asistente enumera los mensajes, empezando por la solicitud de información para un pedido, luego un par de facturas, varios mensajes de Dina y, por último, uno de la aplicación de la Ouija a nombre de Andrés.

Dudosa pide al asistente que reproduzca primero el mensaje de la app. Con los ojos muy abiertos, ella escucha:

—“Beca, ¿dónde estás? ¿dónde estoy? Todo es oscuro aquí. Me duele la cabeza. Te escucho llamándome, pero no te veo.”

¿Y ahora qué?, se pregunta Beca. ¿Debe contestar así, como si nada, como si se comunicara con cualquier persona en el plano terrenal? ¿O aquello era una broma, una función de la app? Suspira dos, tres, muchas veces y

decide seguir el juego.

—¿Amor? ¿Andrés? Estoy aquí, soy Beca.

De inmediato, aparece en la pantalla que la otra persona está grabando un audio.

—¿Por qué tardaste tanto?

Beca estaba por responder: “Lo siento, me quedé dormida”, pero se pregunta cómo darle explicaciones a un ente desconocido o quizá a una máquina con respuestas prediseñadas para jugar con los usuarios.

—¡Beca! ¡Contesta, carajo! Me duele la cabeza. Intento tocarme pero no siento mi cuerpo. Como si mi ser no tuviera límites y estuviera encerrado en una caja ocupando todo el espacio. Me duele la cabeza, pero no la encuentro.

Distingue en esas frases la voz de su esposo. Ya no tiene la menor duda que el espíritu es de él. Imposible que alguien pudiera imitarlo tan bien. Le sorprende que la app en verdad funcione.

—Quizá sea por el tronco del árbol.

—¿De qué hablas?

—Un tronco te atravesó la frente cuando un chofer de tráiler no vio tu coche y lo sacó del camino. Dicen que fue instantáneo. No sufriste.

Beca se arrepiente al instante de lo que dijo, de haber sido tan directa y sin tacto; pero es muy tarde, en la pantalla aparece que el mensaje ha sido escuchado. Espera a que Andrés conteste. Tras varios minutos sin respuesta, ella dice “Te extraño”. Mensaje escuchado. Beca recuerda la ansiedad que sentía cuando su esposo se enojaba con ella y dejaba de hablarle por varios días. Sabía que el silencio era el peor de los castigos. Se convence de que tiene que ser comprensiva, empática; es una noticia muy fuerte para que Andrés la procese tan rápido. Lo mejor es darle tiempo.

Para calmar su angustia revisa los otros mensajes. Le escribe a Dina que no descargó la app para que deje de preguntar. Deja las facturas para después y abre el mensaje

con el asunto “Cotización para un pedido”. Lee con sorpresa la cantidad de velas en forma de flores que le solicitan para una boda con temática vintage. Se había puesto de moda ese tipo de decoración, ya que conseguir imitaciones de flores era muy costoso; más las flores naturales, cultivadas en pequeños invernaderos, que eran como un mito, cosa de gente millonaria y extravagante. Solicitan una combinación de diversos colores y tamaños, con su respectiva cotización. El timbre de mensaje de Andrés empieza a sonar. Beca desliza el recuadro de la pantalla para que desaparezca mientras calcula el costo y el tiempo del pedido. Se dice que tendrá que trabajar a marchas forzadas, todos los días, y que quizá deba contratar a una persona que le ayude por unos días. El recuadro de mensaje sale con insistencia y en cada timbrado Beca lo hace desaparecer para observar en la pantalla los números de la calculadora y obtener el total. Esa sería la mejor venta que ha hecho en los diez años que lleva con su tienda. Emocionada, sonrío y manotea en la cama, como una niña pequeña. Y pensar que estuvo apunto de dejar para siempre el negocio de las velas y hacerle caso a Andrés, que le insistía en que se dedicara a algo más productivo. En un entorno de progreso, esos objetos meramente ornamentales eran elementos inútiles en los que ella perdía su tiempo, le repetía constantemente. “Te quiero ver exitosa, como una buena mujer”, le rogaba su esposo.

Beca escribe la cotización, adjunta su catálogo y una breve propuesta que ideó para su clienta. La envía mordiendo los labios, imaginando nuevos proyectos. Beca prevé que aún puede aprovechar lo que resta del día para iniciar los preparativos del pedido. Comerá algo primero, una ducha, quizá salir y caminar unas cuadras, pensar, ir por una dona rellena y... suena el timbre de nuevo. Abre los mensajes. Escucha con paciencia cada uno de los audios, cada exigencia y cada reclamo. Andrés insiste en que le duele la cabeza.

Un aviso aparece en la pantalla; lo abre de inmediato. Su clienta ha aprobado la cotización y hace el depósito del adelanto. La imagen de varios dígitos en su cuenta desplaza los mensajes insistentes de Andrés que no dejan de llegar. Beca presiona el icono del tablero y elige eliminar la aplicación. Por si acaso, pide bloquear también los mensajes. Apaga la pantalla y se estira por todo el espacio de aquella cama que ahora es solo suya. Le dicta a su asistente una lista de materiales y otra de las actividades de los próximos días. Sale de la cama con el entusiasmo de comenzar con un paseo.

Beca regresa de su caminata con una grasienta dona en las manos. Frente a la foto de Andrés, a un lado de la urna con sus cenizas, deja una caja de paracetamol.

Entran cada cierto tiempo a la habitación. Si estoy en la cama me cubren con gruesas mantas aunque el calor me sofoque. Ella posa sus dedos de demonio y la mirada perversa sobre mí. Él finge angustia, pero yo sé que se alegra de tenerme cautiva, sin poder moverme, sin hablar. Son mis vigilantes y, por fin, estoy a su merced. El otro día trajeron a una mujer de uniforme verde que me habla como si fuera una bebé. Me alimenta con una papilla acuosa y desabrida que se resbala por las comisuras de mis labios y se queda ahí pegada por varios días.

Sueño despierta y sueño dormida, no distingo mis pensamientos entre anhelos y recuerdos. Anhelar desde esta vasija es absurdo, pero lo hago para asirme al último sentido de la existencia, el que me permite pensar que mis compañeras tuvieron un mejor destino. La medicación no me ha arrebatado aún la imagen del mercadito, de las tardes en comunidad, de las charlas y de nuestros proyectos. Mis vigilantes me tenían permitido salir un par de veces al día, por un tiempo limitado. Nunca creí que la supervisión fueran tan estricta. Después de varias olas de confinamiento y nuevas mutaciones, pensé que, de cierta forma, nos habíamos acostumbrado a vivir con los virus. Cómo explicarles que tenía los cuidados necesarios, si se comunicaban dando órdenes sin esperar respuesta.

Por las mañanas, cuando salía a caminar, usaba el casco que me habían comprado por muy incómodo que fuera. Después de dar un par de vueltas al parque, regresaba a casa a almorzar. Había tenido que cambiar mi rutina. Unos meses atrás preparaba las sesiones con mis alumnos. Cuando me las quitaron, ir al mercadito por las tardes, era mi única distracción. Ellos solicitaron a la universidad mi jubilación, argumentando el cansancio, el estrés, la necesidad de descansar después de varias décadas de servicio. Intenté hacerles entender que era lo contrario. Continuar

con mi labor me hacía sentir viva. Aunque fuera a través de una pantalla, el contacto con esos jóvenes me mantenía cuerda. Pero el Estado es muy riguroso en estos asuntos, pasados los 70 años alguien más decide qué es lo mejor para ti. Mi custodia, como si fuera una niña huérfana, caía en manos de unos desalmados que manejaban mi vida. Decidían desde qué comía hasta mi itinerario semanal.

Al principio pensé que si ellos no estaban aquí podía dedicarme a otras actividades que me gustaran y no las que me imponían. Me enfoqué en mi pequeño huerto, cultivé tomates, chiles y diversas hierbas que llevaba al mercadito para compartir o intercambiar. Así le llamábamos al espacio que habíamos creado siete mujeres en el parque, con pequeñas mantas improvisadas en las que colocábamos nuestros productos.

Los tiranos supieron de esas visitas y adelantaron su videollamada para preguntarme por qué lo hacía, si todos los alimentos llegaban a la puerta de mi casa. Dijeron que no me faltaba nada, ni siquiera dinero, porque contaba con una pensión mensual. Les contesté que no vendía mi cosecha. Había encontrado a otras mujeres de mi edad que intercambiaban productos que ellas mismas elaboraban. Mi amiga Martina horneaba pan y preparaba conservas en frascos. Alondra creaba figuras de madera. Estela bordaba. Y así, varias de ellas hallaron en el trueque una manera de interactuar con otras y sentirse útiles. Fernanda, una joven voluntaria, nos consiguió de esos trajes especiales que se adaptaban a la temperatura y al movimiento. Podíamos estar protegidas y cómodas a la vez. Fueron costosos, claro, pero en qué más podíamos gastar nuestro dinero. Pocas se habían retirado de sus profesiones por gusto. La mayoría habían sido obligadas, como yo. Sin embargo, en el mercadito encontramos una comunidad que nos daba la razón que necesitábamos para sentirnos vivas.

Estábamos consientes de que en cualquier momento una de nosotras ya no regresaría, y luego la otra y la otra;

pero preferíamos no tocar el tema y vivir el momento. La primera a la que resentí fue a mi amiga Doris. Platicaba con ella todas las tardes. En unas semanas nos habíamos contado casi toda nuestra vida. Dicen que las ancianas solo hablamos del pasado, pero no siempre es así. Claro que me gusta compartir recuerdos, contar anécdotas, pero también hacíamos planes; soñábamos con ir juntas al pueblo donde ella nació. No sé si aún pinta recluida en su casa. Ambas sabíamos que pasaría. El sistema le había advertido que, de acuerdo con lo solicitado por su familia, al cumplir 73 y al ser población de riesgo, el encierro sería total. Lo que no esperábamos era que adelantaran dos semanas su reclusión y limitaran su contacto. Cuando intenté llamarla, esa estúpida voz robótica que usan para todos los sistemas, me dijo que no estaba en la lista de usuarios aprobados para mantener contacto con ella. Para sus vigilantes, las del mercadito no éramos amistades que a Doris le convinieran. Varias de mis amigas fueron recluidas y cada una nos preguntábamos si seríamos la siguiente. Mi salud era perfecta y tenía un contrato que no se cuestionaría hasta en cinco años, cuando llegara a los 75; pero el temor a que aquellos monstruos me encerraran antes, estaba siempre presente.

Una tarde en el mercadito, Martina pasó frente a mí, mirando hacia otro lado, y discretamente puso sobre mis rodillas un pequeño sobre. Al abrirlo me dio gracia recibir un mensaje escrito a mano, como hace años no lo veía. Solo a los mayores se nos daba esta arcaica costumbre. Al leer, me di cuenta que hablaba sobre un plan para evitar que nos siguieran encerrando. Sin pensarlo, contesté que estaba de acuerdo. La indicación era pasar el mismo mensaje a la de junto, y así lo hice. Mantuvimos esa comunicación por varios días. Era muy difícil ponernos de acuerdo cuando no podíamos reunirnos sin que nuestras charlas fueran grabadas; tampoco teníamos permitido crear un grupo de chat, porque de igual forma podían espiarnos.

Recuerdo esos días porque fue la última vez que sonreí. Me sentía parte de una película de acción. Había una promesa de futuro, de libertad. Soñábamos con hacer lo que quisiéramos sin ser vigiladas, con escapar de las garras de aquellos desalmados.

Nunca supe de quién había sido la idea original, si de Nati, la más vieja de todas, o de Martina. Comunicarse por escrito y luego quemar los papeles era muy complicado, aunque excitante. También estaba el factor de la memoria. Un par de mis compañeras no retenía ciertos detalles y preguntaban lo mismo una y otra vez. Entonces, les explicaba con paciencia el plan, las veces que fuera necesario. Aunque nuestros vigilantes nos vieran como ancianas achacosas, a un paso de la senilidad, aún éramos personas capaces de vivir nuestras vidas. Escribí, por última vez, los puntos del plan en una hoja y la pasé a mis cinco compañeras.

Fernanda rentaría el transporte y sobornaría al chófer con una buena cantidad que habíamos puesto en efectivo en sus manos. Nos llevaría a Las Villas, al campo tan añorado por cada una de nosotras. Conseguiría también una persona que nos desactivara los rastreadores. A la distancia, en esta posición en la que veo por horas hacia la nada, me doy cuenta cómo las ilusiones llegan a nublar nos la razón. El deseo de libertad bloqueó aquel instinto que habíamos desarrollado con los años. Pero eximo de culpa a la vejez. Si acaso la edad influía en nuestra credulidad, la verdadera razón estaba en el miedo de que los vigilantes nos recluyeran para siempre y nos obligaran a ser una simple sombra. Sabíamos que para nosotras solo quedaba el declive, la vuelta a la infancia, a depender de ellos por completo. Aún sin rastreadores, huyendo a kilómetros de nuestros carceleros, en el campo, ¿cómo podíamos pensar que nunca nos iban a localizar y a obligarnos por ley a regresar a nuestras casas? O quizá sí lo sabíamos, pero el riesgo, aunque fuera por un par de días de libertad, por una

aventura, valía la pena.

Sacaríamos una maleta pequeña con lo indispensable para no levantar sospechas. Cada una ideó la forma de salir a medianoche de su casa. Algunas aún conservábamos la contraseña del sistema de seguridad y podíamos desactivarlo. El plan era abordar el transporte frente al mercadito y, como nos explicó Fernanda, en el siguiente estado nos esperaría la persona experta en desactivar los rastreadores. De ahí, a nuestro destino. Ella había alquilado a su nombre una granja en la que sería fácil acomodarnos las seis que habíamos acordado huir.

Aquella noche llegamos cinco. Faltaba Martina, pero también faltaba nuestro transporte. Intenté comunicarme con Fernanda y con mi amiga, pero ninguna de los dos me contestó. Y ahí estábamos, en medio de la noche, cinco ancianas sin saber qué hacer. Anita fue la primera en soltarse a llorar. Supe de inmediato que lo que le rompía el corazón no era el dinero perdido, sino el sueño destrozado. No le guardo rencor a Fernanda. Si existe un castigo divino, al llegar a vieja, sabrá cuál le tocó.

Estaba por amanecer. Entendimos que nadie llegaría por nosotras. A lo lejos se escucharon las alarmas. Al llegar a nuestras casas, vimos a oficiales que se paseaban en frente y se comunicaban con sus pulseras digitales. Mis vigilantes, después de meses sin verlos, estaban ahí, visiblemente molestos. Nos reprendieron como a niñas que habían hecho una grave travesura.

Eso fue semanas antes de la caída, de que mi cuerpo empezara a marchitarse con rapidez. No se me permitía salir a caminar ni hacer nada que, según ellos, me pusiera en riesgo. Debes descansar, repetían una y otra vez. Pero su significado de descanso era permanecer estática, frente a la pantalla o en la cama todo el día. Aunque antes intentaba caminar por la casa para que mis piernas no perdieran la costumbre, no era lo mismo. También mi ánimo empezó a decaer. Tenía prohibidas las llamadas. Me dijeron que

al haber sido víctima de un fraude que dejó casi vacía mi cuenta bancaria, decidieron que lo mejor era no tener contacto con nadie. La tristeza se me vino encima junto con todos los dolores. Me atiborraron de medicamentos. Dopa-da, me sentía flotar sobre el suelo. Mi cuerpo era más pesado y lento.

Estaba tan mareada que no sentí la caída ni supe en qué momento, una noche, llegué al último escalón. Cuando abrí los ojos, el entorno me era desconocido. Predominaba el color blanco: en las paredes, las sábanas, la vestimenta de la gente que caminaba al rededor. Uno de ellos se acercó a mí y me dijo que no me preocupara, que estaría bien. Fue imposible contestarle porque un tubo me atravesaba la garganta. Quise moverme pero mi cuerpo ya no me pertenecía. Distinguí los bordes de la cama que sostenía un bulto, que al parecer era mi existencia. El médico decía que para mi tranquilidad me suministrarían sedantes que me harían dormir. El viaje obligado al sueño me hizo perder el control del tiempo. Algunas veces, pocas, cuando abría los ojos con dificultad, apenas sosteniendo los párpados que de tan pesados caían solos, reconocía las siluetas de mis vigilantes. Quería gritarles que se fueran, pero ya no tenía voz. Me quedaba dormida de nuevo y tenía pesadillas con esos monstruos. Entre el despertar y dormir, un día me di cuenta que estaba en casa, en mi cama. Aquí estoy desde entonces. A veces, ellos vienen; me piden que descanse. Dan instrucciones a la mujer de uniforme verde y me dicen “adiós, mamá, volveremos pronto”.

A contraluz, la imagen era borrosa. En ninguna posición lograba la nitidez necesaria para interpretarla. Desistí después de varios intentos y guardé la fotografía en la mochila, junto con mi curiosidad insatisfecha. Al momento de colocarme en la espalda a mi compañera de campamento, trastabillé un poco por el peso. Me extrañó la sensación de carga extra cuando solo había agregado una simple fotografía que me encontré atorada en un árbol, enrollada con un listón rojo.

Seguí mi camino aunque pensé en sacar la foto y dejarla por ahí, pero algo me decía que tenía que llevarla conmigo; además, me sentía ridícula por atribuirle a un trozo de papel tanta fuerza. “Es el cansancio”, me dije. Faltaban varios kilómetros para salir del bosque, así que pasaría otra noche en mi casa de campaña. Me detuve cuando el hambre se tornó inoportuna y la tarde se había llevado casi toda la luz.

Busqué el mejor sitio, cerca del lago; hice una pequeña fogata, saqué mis utensilios y me dispuse a cenar. Como no tenía sueño, pensé en qué podía hacer en las siguientes horas: leer, escuchar música, meditar en lo que le diría a Bernardo cuando regresara... Me molesté conmigo misma por esta última idea, porque era precisamente lo único que trataba de evitar durante este viaje. Pero una vez que llegó a mi cabeza el tema, no lo pude sacar con facilidad. Por supuesto que seguiría furioso, no era para menos. Lo imaginaba en el departamento, en el quinto piso del edificio, golpeando la pared y probablemente maldiciéndome. Su mochila continuaría esperando a un lado de la puerta. Y es que por un instante sí me convencí de traerlo conmigo; a final de cuentas, él era mi pareja desde hacia seis años. Aunque toda pasión se había desvanecido, el agradecimiento por su apoyo en los peores días, me mantenía a su lado, en esa vida gris que habíamos construido en el con-

formismo.

Después de pedirle al chofer del taxi que acelerara, le llamé a Alejandra para repartir la culpa. Necesitaba que mi mejor amiga me dijera que sí había hecho bien, o que era una maldita por haber abandonado por primera vez a mi novio para viajar sola.

—Wey, no te sientas culpable pero ni un segundo. O sea, has intentado mil veces decirle que ya no quieres seguir con él y te chantajea; se hace la victima y tú caes de nuevo.

—¡Es que siento feo! Me siento la peor persona del mundo. No quiero ser una malagradecida. En verdad le tengo un buen de aprecio y me dolería mucho arruinarle la vida.

—Esa no es tu responsabilidad. El bato que vea cómo se hace cargo de sí mismo. Sí está chido que te ayudara cuando te saliste de tu casa, pero eso ya tiene un buen. No tienes que dedicarle tu vida; no es para tanto. Se le agradece. Pero si se trataba de pagárselo, tú ya te pasaste; hasta te sale debiendo.

—¿Tú crees?

—¡Claro! Siempre pagas comidas, viajes, las cosas de la casa. Y ese wey solo se la pasa quejándose de que no tiene dinero. Y ahora se supone que ni si quiera te puedes tomar un tiempo para ti. ¡Mándalo al carajo!

—Pues no me queda de otra, ya voy llegando a la estación de autobuses.

—Tú ve a tu excursión, sube la montaña. Por favor no pienses en otra cosa que no sea en ti. A él, olvídale estos días. Disfruta, te lo mereces. Y cuando regreses, entonces sí, piénsalo bien y considera dejarlo.

Terminé la llamada con esas dos tareas. Uno: no pensar en él durante el viaje. Y dos: regresar y pensar en el fin de mi relación. La primera me parecía más fácil que la segunda. Lo había intentado, pero siempre se presentaban diversas circunstancias que no me lo permitían. Primero,

la muerte del padre de Bernardo, hace tres años. Solo un ser sin alma hubiera abandonado a una persona en un momento tan difícil. Después, con la primera pandemia, mi novio se quedó sin trabajo. Si de por sí le era difícil mantener su sueño de ser músico, con el encierro perdió todos sus proyectos. Los bares, cafés y cualquier espacio en el que tuviera la oportunidad de presentarse, estaban cerrados. Y Bernardo no sabía —o no quería— hacer otra cosa. Tuve que hacerme cargo, como él lo hizo cuando me abrió las puertas de su casa y nos mantuvimos de café y pan hasta que conseguí trabajo.

Ahora que el virus no era tan letal y estábamos vacunados, me ilusionaba hacer un viaje sola. Además, Bernardo volvía a tener ofertas para tocar en un café-bar con otros músicos. Así que no podría acompañarme porque tenía compromisos. Ensayé mucho cómo le diría que me iba sola para que no se alterara. Para mi sorpresa, lo tomó con mucha tranquilidad. Estaba feliz. Tracé la ruta que seguiría, hice mi itinerario y una lista de las cosas que necesitaba. Llegó el día y lo tenía todo perfectamente controlado. Pero no esperaba que ese sábado en la mañana, Bernardo me saliera con aquella “sorpresa” y me dijera que había cancelado su participación en los eventos de ambos días para acompañarme.

—¿No estás feliz amor? ¡Iremos juntos! Será increíble.

—Pero no puedes perder esa oportunidad, Bernardo. Se supone que tú pasión es la música.

—Ya habrá otras oportunidades. No te preocupes, bebé.

—Tu condición física es muy mala y tienes asma. ¿Y si te pones mal en pleno bosque? ¿Qué voy a hacer yo sola?

—Cierto, espérame tantito, voy por mi inhalador.

En lo que Bernardo fue a la habitación por su inhalador, salí corriendo y no me detuve hasta varias calles después. Paré un taxi y le pedí que me llevara a la estación

de autobuses.

Cierro los ojos, trago saliva e intento no sentirme una mierda por haber dejado a Bernardo. Intento concentrarme en el entorno y hacerle caso a Alejandra de no pensar en él. Además del sonido de mi respiración, escucho a los grillos, el crujir de las ramas de los árboles y el chisporroteo del fuego. Recupero la calma y la alegría de estar ahí sola.

Repaso mi trayecto y en mis recuerdos surge la fotografía. Me levanto de inmediato y busco en la bolsa delantera de mi mochila, donde la guardé hace unas horas. La saco para observarla de nuevo, con su imagen borrosa. La levanto y la luz del fuego la ilumina. Entonces va tomando forma. Me acerco más a la llama mientras la sostengo frente a mí. Se vuelve cada vez más nítida. Como en los procesos antiguos de revelado, surge poco a poco en el recuadro una pared roja con letras blancas. Cuando la imagen aparece con total claridad, leo la frase completa: "Pide un deseo". Mi mente y mis labios se ponen de acuerdo al instante y lanzan una sentencia. Sonrío, guardo la foto y me voy a dormir.

Han pasado dos semanas de aquel viaje y de que Bernardo decidiera marcharse. De no ser por la breve carta de despedida, me hubiera preocupado su desaparición; también la fotografía ha desaparecido o quizá se me cayó en el camino. La busqué en mi mochila, pero nada. De hecho, a la mañana siguiente, mientras caminaba de regreso a casa, sentí más ligera mi mochila, mi cabeza y mi vida.

Mi hora favorita es la cena, no solo por la comida, sino porque todas estamos relajadas. Las niñas duermen y podemos platicar de todo. Además, debo reconocer que esa especie de pan que nos sirven, es delicioso. El sustituto de café no es mi favorito, pero conseguir café original es imposible para nosotras. Dicen que se lo llevan a otros planetas. No lo sé. Pero sí sé que en mi pueblo hace veinte años ya se producía muy poco. La tierra se iba quedando seca y así no se podía cultivar casi nada. Tampoco nos traen leche. De todas formas no la acostumbraba. Con Cándido se iba todo en cerveza, y pues yo tomaba puro tecito de hojas de naranjo, manzanilla –que hervía una y otra vez– o de limón.

Se me antoja de vez en cuando un huevito asado, pero cuando aquellos seres llegaron, se prohibió obtener cualquier tipo de producto de los animales. No voy a mentir, a veces extraño la carne. Sí puedo vivir sin ella, pero aún recuerdo su sabor en unos tacos y se me hace agua la boca. No me puedo quejar de la dieta con la que nos alimentan. De hecho, me he sentido con más energía, mi piel luce más bonita y mi salud ha mejorado; igual que la de mis compañeras. Imagino que les pasa lo mismo a las demás, a las de otras comunidades. Quiero creer que no somos las únicas cincuenta mujeres que vivimos en este edificio, con las nueve niñas que aún son pequeñas.

Aunque comemos y charlamos animadas, sé que cada una piensa en sus seres queridos todavía: hijos, padres, hermanos, esposos; y se preguntan si seguirán vivos en algún edificio que sea solo para hombres. Por las noches, escucho a más de una llorar con una tristeza que me rompe el corazón. Me siento egoísta, porque por primera vez en mi vida me va mejor que a otras personas. No tengo a quien extrañar ni a quien llorarle. Mis padres ya habían fallecido desde antes; los enterré y les lloré en sus tumbas.

Así que cuando los seres aparecieron por aquí y por ahí matando gente, por lo menos no tenía por quién preocuparme.

No sería capaz de decirlo en voz alta, pero esos seres fueron una salvación para mí. Unos años más y me hubiera suicidado o me hubieran metido a la cárcel por matar a mi marido. Y es que aunque digan que una se acostumbra a todo, eso no es cierto. Jamás te acostumbras a que te golpeen todos los días y por las cosas más insignificantes. Por fortuna, no tuve hijos con ese desgraciado, a pesar de las tantas veces que me obligó a estar con él. Ya no sé qué odiaba más, que me golpeará o que me obligara a “cumplirle como esposa”, como me decía.

A ninguna mujer en su sano juicio le hubiera gustado acostarse con un tipo 30 años mayor, borracho y apesotado. Desde que, a los 14, ese señor me violó en el campo, mi vida fue un infierno. Ah, pero decían que tuve suerte porque se hizo responsable y se casó conmigo. ¿Le llamaban suerte a trabajar en la casa, atenderlo, salir a buscar trabajitos en otras casas y aguantarlo? Así por 25 años hasta que llegó la invasión, como le decían en la tele. Claro que me dio algo de miedo, pero estaba curada de espanto y algo peor que vivir con Cándido, no me lo podía imaginar. Fue impactante ver cómo lo hacían cenizas frente a mis ojos, pero, en el fondo –que Dios me perdone–, fue un alivio. No sabía si esos seres hablaban español, pero quería decirles “muchas gracias, señores, que Dios se los pague”.

Por un momento creí que también me iban a despachar a mí, pero no. Uno de ellos me puso una de sus cuatro manos en la frente –o parecía una mano, porque no son como las nuestras ni tienen dedos–. La dejó un rato. Habló con sus compañeros y me llevaron a un vehículo bien raro. Desde ese día me trajeron aquí. Me dieron comida, una crema como de vegetales; también una bata muy suave y cómoda, que cuando hace frío es calentita y cuando hace calor es fresca. Todas vestimos lo mismo. Y a ninguna le

preocupa verse más bonita que la otra o llamar la atención de los hombres, porque no los hay. Eso me gusta mucho. Nadie anda orinándose en el jardín, diciéndote vulgaridades, apestando, golpeando o queriendo imponer su santa voluntad.

Esa primera noche dormí como nunca, en una cama muy cómoda y para mi solita. Al otro día, me llevaron al jardín, me señalaron varias plantas, morrales con semillas, tierra para plantar, y aunque no nos podíamos comunicar hablando, entendí que ese iba a ser mi trabajo; y yo encantada. Amo las plantas. Desde hace varios años quería mi puestecito, aunque fuera ahí en la banqueta de la casa, pero Cándido no me dejó; siempre me destruía mis plantitas porque sabía que eso me dolía.

Ese primer día yo creí que ahí me iban a tener de esclava hasta anochecer. Dije “bueno, pues peor estaba antes, y por lo menos hago algo que me gusta”. Pero no, al ratito nos llamaron a almorzar; yo no sabía que era un llamado, pero después aprendí a distinguir las alarmas. Primero nos formaron y nos dieron unas cápsulas que dudé en tomar. Una compañera se acercó y me dijo que eran dizque vitaminas, y pues me las he tomado todos los días desde entonces –le calculo que más o menos han sido como dos meses–. Cuando vi el almuerzo pensé “no pues cuándo me voy a llenar con puras verduras”, pero la verdad sí quedé satisfecha, más con las tipo tostadas dulces que nos dieron y ese pan tan rico.

Después regresé al jardín. Afuera estaban dos mujeres sentadas bordando muy tranquilas. Con voz muy bajita les pregunté qué hacían. Primero se rieron, pero no de forma grosera. Me explicaron que podía acercarme e incluso ir a donde quisiera; podía pasearme un rato y conocer el lugar y que nadie me iba a castigar. Me costaba creerles, pero dije que igual qué tenía que perder. Y la verdad, las pocas horas que llevaba ahí, me habían tratado bien como para dudar tanto. Me eché a andar. La propiedad era más

grande de lo que imaginaba. Había un establo con varios animales y unas mujeres cuidándolos. Me pregunté si después nos los comeríamos, porque aún no sabía que la carne estaba fuera del menú. Terminando el espacio verde, encontré unos cuartos coloridos, desde los que escuché vocecitas. Y ahí fui de chismosa a asomarme; era un salón de clases, donde una joven les enseñaba algo a las niñas. No recuerdo qué era porque aún no sabía leer, hasta que después mis compañeras me enseñaron.

Y así, me tomé mi tiempo para dar una vuelta por todo el lugar. Solo había mujeres y cada una trabajaba en algo, pero parecían disfrutarlo y hacerlo de una forma tranquila; no como cuando a una le cargan la mano y tienes que hacer todo y terminas agotada. Aquí todas nos ayudamos. Algunas se les da más el cocinar, otras bordan o tejen; hay artistas también, que pintan, cantan, escriben. Cualquier desperfecto lo arreglamos nosotras. Creí que para cosas que se descomponían en el hogar, se necesitaba de un hombre, pero la verdad es que no. De hecho, Cándido era bien inútil para eso.

A esos seres ni los he visto por aquí desde hace mucho. Después de mí, trajeron a otras tres mujeres. Algunas de las primeras que llegaron aprendieron a comunicarse con ellos, y ahora son ellas quienes se encargan de gestionar lo que nos haga falta. Quizá lo único que pueda decir en contra es que no podemos salir. No sabemos qué hay ahora más allá de esas enormes murallas que nos rodean; pero si es igual a lo que había antes, no me gustaría regresar.

A las once menos veinte de la noche era la cita diaria. Roberta se encerraba en la habitación y sacaba del closet una vieja caja plateada. Extendía el contenido en la cama y tomaba uno por uno cada objeto: algunas fotos, un par de zapatitos rosas, una cobijita blanca con figuras de conejos estampadas y un pequeño frasco de vidrio, parecido a los recipientes de la mayonesa, que contenía un trozo de carne seco, envuelto en algodón. Miraba sus preciados tesoros como si los descubriera por primera vez; los acercaba a su pecho, repetía la eterna súplica y los besaba con fervor. De rodillas, con las manos elevadas, sostenía las prendas y las prometía en homenaje; así como el sacrificio de su cuerpo y el buen comportamiento como esposa. Repetía la cita de la biblia que le había dicho su sacerdote cuando ella le confesó que quería morir; que si no volvía a ver a su hija, no encontraba sentido a seguir viviendo. El cura la reprendió, recordándole la cita de Romanos 7:2 “Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido”. El sacerdote sentenció que mientras Efrén aún viviera, ella debía cumplir con sus deberes de esposa, confiar en los designios de dios y tener fe.

Pasado el tiempo del llanto, casi cronometrado, Roberta se limpiaba las lágrimas, guardaba todos los objetos en la caja y regresaba a su otra rutina: limpiar cada espacio de la casa hasta que le sangraran las rodillas y las manos, hasta que el dolor del cuerpo opacara cualquier otro dolor, hasta que dios escuchara el clamor y se compadeciera de su carne desgarrada.

Desde su sillón, Efrén escuchaba el crujido de las escaleras tras las pisadas de su esposa; era su señal. Sabía entonces que ya podía subir a la habitación a dormir. Roberta pasaba detrás de él sin mirarlo, se dirigía a la cocina y sacaba de los gabinetes los productos de limpieza. Si había

algún programa que le llamara la atención, Efrén permanecía unos minutos más en la sala; si no, apagaba la televisión y subía para quedarse dormido al instante en el que su cabeza tocaba la almohada.

Volcarse en los quehaceres de la casa le permitía a Roberta ocupar la mente hasta que llegaba la madrugada. Con las manos despellejadas y reseca, regresaba a la alcoba, donde su marido roncaba plácidamente desde hacia varias horas. Del cajón derecho de la cómoda, sacaba un frasco de pastillas, esas que la harían dormir en cuestión de minutos, y tomaba una mientras se persignaba, rogándole a los santos que no se repitiera aquella horrible pesadilla que tenía casi cada noche.

A pesar de los rezos, el sueño era recurrente: el de la bebé en la bañera. Aparecía la misma tina blanca que le había regalado la madre de Efrén, y que antes de terminar en el cuarto de triques, usó solo un par de veces. ¿Cuántas ocasiones en más de cuatro años había tenido el mismo sueño? No lo recordaba, pero siempre eran las mismas imágenes: Roberta bañando a la bebé, sosteniendo su cuerpecito suave y vulnerable. Con cuidado, le lavaba la cabeza para que no le entrara jabón a los ojos. De la nada, aparecía Efrén en el cuarto de baño, le arrebatava a la bebé de los brazos, la levantaba de las axilas sin ningún cuidado y la zarandeaba gritando que él habría querido un hijo. La angustia de Roberta crecía, pensando en la cabecita de su bebé, sin el apoyo que necesitaba por su condición de recién nacida. Sin poder recuperar a su hija, su esposo la soltaba desde lo alto. La pequeña caía en la bañera, salpicando el agua con una exagerada intensidad, como si hubiera sido arrojada a una piscina. Al asomarse a la bañera, a Roberta le parecía profunda, sin fin. Indiferente, Efrén salía del cuarto sin hacer caso de los gritos de su esposa pidiendo auxilio. Roberta veía que de la diminuta boca de su hija salía un camino de burbujas que explotaba al llegar a la superficie. Era muy pequeña para luchar. Paralizada por

una fuerza invisible superior a ella, la miraba horrorizada desde su posición impotente. El tiempo era una eternidad fugaz en la pesadilla hasta que las burbujas se detenían muy rápido y dejaban solo un cuerpo arrugado e inerte. Por más que luchaba, daba manotazos e intentaba gritar, Roberta no podía emitir ni un leve sonido. A veces lograba abrir los ojos. Entonces, ya no estaba en el sueño, era otra vez la habitación, con su esposo roncando al lado, ese ser al que intentaba no detestar. El sudor y las lágrimas empapaban el rostro de Roberta.

“Es que se te sube el muerto”, le decía Magda, a la única a la que se había atrevido a contarle de las pesadillas. Quizá, más que sentir la confianza de compartirle esos episodios tan perturbadores, Roberta se lo confesó para que entendiera su desesperación. Magda le leía las cartas una vez por semana ante la insistencia de Roberta por ver en las cartas una respuesta sobre su hija. “Las cartas no te dan respuestas precisas”, le había dicho infinidad de veces. “¿Qué hago entonces?”, preguntaba Roberta. “Ofrécele a dios una penitencia, un sacrificio. Hazle una promesa a la virgen de Juquila, que es bien milagrosa”.

Roberta había cumplido con todas las mandas, sacrificios y homenajes a cada santo y virgen, sin obtener respuesta. Pensaba que quizá el fracaso era culpa de ella, por aquella vez que se arrepintió de la ofrenda, cuando dejó a los pies de la Virgen de los Desamparados el pequeño trozo de carne, único fragmento que conservaba del cuerpo de su hija. Casi por marcharse, con un pie fuera de la puerta de la iglesia, el remordimiento la hizo regresar por el preciado ombligo de su bebé. A cambio, dejó una buena suma en el estante de las limosnas, esperando que fuera suficiente para ser escuchada por la virgen.

El sacrificio sin cumplir y sus más perversas fantasías atormentaban a diario a Roberta. Se preguntaba si eso era lo que impedía que se cumpliera el milagro que tanto solicitaba. Pero se sentía incapaz de renunciar al tesoro

que guardaba en el frasco, de la misma forma que se sentía incapaz de dejar de fantasear con la muerte de Efrén. Aunque intentaba pensar en otra cosa mientras le preparaba el desayuno a su esposo, no podía evitar imaginar que le agregaba veneno para ratas a los huevos o al café. Soñaba con verlo retorcerse en el suelo y ella mirando desde la barra a ese hombre que dio vuelta a la página con tanta facilidad, como quien pierde un suéter en la estación de autobuses. Se preguntaba si su esposo hubiera actuado diferente de haber perdido a un hijo varón. Roberta había escuchado de gente que buscaba con más insistencia a sus mascotas y que ofrecía mayores recompensas. Efrén se sentaba a devorar el plato de huevos con jamón sin tener idea de las fantasías de su esposa, de ese fantasma con el que solo compartía la casa.

Después del secuestro, Efrén respondió torpemente las preguntas de los oficiales. Se sentía más incómodo que triste. Odiaba cuando Roberta gemía, se tiraba al piso o aventaba cosas, y él no sabía qué hacer. Fue a todas las citas de la fiscalía hasta que pasaron los meses. Sintió alivio cuando le dijeron que ya no fuera y que esperar a que lo llamaran si había nueva información de su caso. Regresó a su rutina. La gente de su colonia y del trabajo admiraban la fortaleza de ese hombre que salía a trabajar cada día a pesar de su dolor. Le decían cuánto lamentaban el robo de su hija y él, simplemente, contestaba “gracias”, aunque ni siquiera recordaba el rostro de la pequeña; para él, todos los bebés eran iguales en sus primeros meses.

“Quizá hoy lo atropellen o le dé un infarto en su cubículo”, pensaba Roberta cuando Efrén terminaba su desayuno y salía de casa sin decir palabra. Al instante pedía perdón a dios por sus pensamientos y redimía su culpa arrancando la mala hierba de su jardín con las manos. Prometía no volver a quejarse por atender a diario a ese hijo indeseado que otra parió. Alguna vez, en esas confesiones de emergencia, cuando el alma se le desbordaba de

angustia, Roberta intentó desahogarse con Magda. No sabía bien cómo empezar o qué decirle de Efrén. La vecina le preguntó si la golpeaba, si alguna vez le había gritado, si le limitaba el dinero o si se lo negaba, si le era infiel, o qué tipo de maltrato recibía. Roberta no supo qué responder. A todas esas preguntas la respuesta era negativa. ¿De qué forma explicarle a esa mujer cómo era Efrén? Solo atinó a decirle que era indiferente y despreocupado. Su vecina le dijo que así eran todos los hombres, que preferían sufrir en silencio, pero que eso no significaba que no les importara. Roberta no dijo más y asintió con una falsa sonrisa.

La tarde en la que tuvo la revelación, Roberta limpiaba con furor el baño. Entre el olor del ácido, el cloro y el desinfectante, llegó a su mente un pasaje bíblico: “Sin derramamiento de sangre, no hay perdón”. Lo repitió una y otra vez hasta que las carcajadas no la dejaron continuar.

Cuando Efrén regresó a su casa por la tarde, aún antes de abrir la puerta, percibió el olor de la carne frita. Fue directo al comedor y ahí estaba su platillo: un enorme y jugosos filete que no dudó en devorar. Con el estomago y el alma colmados, Efrén se fue sintiendo somnoliento por la digestión. Se dirigió a su sofá favorito dispuesto a perderse en el delicioso sueño que precede a una cena consistente.

Despertar maniatado y bajo el influjo de somníferos es como quedar atorado de cabeza en una montaña rusa, así se sintió Efrén cuando abrió los ojos y no pudo distinguir los objetos a su alrededor con claridad. Fue un despertar escalonado que le llevó un largo rato. Quería hablar, pero tenía la boca sellada con cinta. Cuando el entorno se fue haciendo menos difuso, supo que seguía en su casa. Intentó moverse pero las cuerdas en sus manos y pies no se lo permitieron. Sospechó que alguien había entrado a su casa para robar y lo dejaron atado a esa silla. No vio a su esposa y pensó que quizá la habían secuestrado. Se resignó a esperar, hasta que unas horas después escuchó unos pasos acercarse y la llave que se introducía en la cerradura.

ra. La puerta cedió con facilidad. Se sintió aliviado cuando vio entrar a Roberta. Supuso que ella lo miraría asustada y correría a soltarlo. Su esposa pasó de largo sin voltear a ver su expresión de angustia. Se dirigió a la cocina, abrió el cajón de los cuchillos y tomó el más grande. Caminó hacia Efrén con una mirada que le heló la sangre. No entendía qué estaba pasando. Temblaba y miraba a Roberta con ojos de súplica. Quiso gritar, pero apenas podía emitir un quejido muy bajo, que no subió de intensidad a pesar del dolor que experimentó cuando ella cortó trozos de piel del estómago, mientras repetía “El Señor miró con agrado a Abel y su ofrenda”. Entre el intenso sufrimiento y la risa escalofriante de su esposa, Efrén perdió la conciencia.

Lo último que distinguió a través del humo y las llamas que lo rodeaban, fue la silueta de Roberta a unos metros. Ella permanecía con los brazos extendidos hacia arriba; sus labios se movían y agitaba las manos. Entre los cánticos y las risas de aquella mujer, Efrén cerró los ojos y, en ese momento, después de varios años, por fin recordó el rostro de su hija.

Lo dejamos a la suerte. Y como la mía es pésima, perdí. Andrea se quedó con el sofá-cama de la sala, el más cómodo. A Laura no le molestó que le tocara la habitación que había sido de nuestra madre en su adolescencia; no había historias raras de esa recámara y estaba más cerca del baño. A la perdedora, o sea a mí, me mandaron al final del pasillo, al cuarto de nuestra abuela, a la cama en la que había dado su último suspiro. En ese espacio estaba la ventana desde donde, según varios vecinos, una niña se asoma de vez en cuando.

Intenté convencer a Andrea y a Laura de dejarme dormir con ellas, o de pasar la noche juntas en la que ahora era mi habitación; pero ambas me rechazaron. Busqué otras opciones, como tender una colchoneta en el pasillo, en la cocina o en la sala. Mis hermanas me tacharon de ridícula. Dijeron que solo era una noche y al día siguiente nos iríamos con las cosas que nuestra madre nos había pedido recoger.

Después de la cena, antes de levantarnos de la mesa, Laura sacó a propósito el tema de la niña. Tenía toda la intención de incrementar mi temor, pero no quería darle el gusto de afectarme, así que seguí bebiendo mi cerveza con toda la calma que podía aparentar. Andrea le siguió la corriente y contó de aquella vez en la que el tío Paco llegó a visitar a su madre. Cuando pasó por la puerta de la cocina, en la misma mesa en la que nosotras bebíamos, vio a una pequeña niña sentada. Narró que parecía entretenida dibujando en un cuaderno. Paco creyó que quizá podía ser hija de una vecina, así que pasó de largo hasta la sala, donde la abuela miraba un programa de televisión; la abrazó, conversaron un poco sobre el viaje y luego Paco preguntó quién era la niña. La abuela le dijo que estaba alucinando. El tío regresó a la cocina, pero no había nadie en la mesa. Así le ocurrió a varios parientes. Algunos vecinos dijeron

que habían visto a la pequeña jugando en el jardín. De hecho, afirmaban que, a veces, mi abuela estaba con ella.

Cuando iba por mi tercera cerveza, empecé a sentirme somnolienta. Quise beber una más para que el alcohol me hundiera en el más profundo sueño y no recobrara la conciencia hasta el otro día. Mis hermanas repasaron todas las historias sobrenaturales relacionadas con la niña e incluso inventaron algunas solo para molestarme.

Como había previsto, el sueño y el cansancio me vencieron al llegar a la cama. Avanzó la noche y dormía profundamente, de cara a la pared y babeando la almohada. Una sensación en mi espalda y el ligero peso recargado sobre ella me daban la seguridad de estar en mi departamento, con Max, mi perro, acurrucado sobre mí. Era algo que no tenía que pensar. El cuerpo lo sabía porque era su rutina. Desperté con ganas de orinar por el alcohol. Abrí los ojos a un entorno que no esperaba y, tras unos segundos, recordé la situación. No era mi habitación y Max no estaba ahí. Cuando me di cuenta dónde estaba, me levanté asustada. Creo que un poco de orina se me escapó en el acto e intenté contenerme para no dejarla ir toda. Busqué en la semioscuridad una presencia. Estaba segura de que vería a la niña. Nada. Intenté calmarme. Me convencí de que mis hermanas me habían sugestionado y que el alcohol confundía mi mente.

Me levanté al baño. Llegué apresurada antes de que ocurriera un accidente. Cuando regresé a la cama, dispuesta a seguir durmiendo, vi un pequeño bulto que se dibujaba debajo de la manta. Me quedé paralizada. Empezó a escucharse un sollozo infantil. Retrocedí cuando sobresalieron dos manitas de la orilla de la manta y empezaron a bajarla poco a poco hasta que apareció la forma de una carita, que distinguí por la luz que entraba de la ventana. Era una niña como de unos cuatro o cinco años. No sabía qué hacer. Permanecí mirándola atónita. La niña no parecía aterradora; más bien, lucía asustada. Di un paso hacia

la cama y entonces ella empezó a gritar: “Mamá, mamá, hay una mujer al lado de nuestra cama”. Salí corriendo de la habitación para despertar a Andrea. La moví varias veces del sofá hasta que se despertó. Molesta e incrédula me acompañó a la habitación de la abuela. Cuando pasamos por el cuarto donde dormía Andrea, mi hermana tocó rápido pero fuerte con ambos puños para que se despertara. Llegamos a la habitación. Laura encendió la luz, dio un vistazo y detuvo su mirada en mí. En ese momento apareció Laura preguntando qué había pasado.

—La loca y borracha tuvo una pesadilla, contestó Andrea.

—¿No que no creías en la niña? —preguntó Laura—. Ya vámonos a dormir y no vuelvas a estar fregando. Si ves a la niña le dices que compartan la cama y te duermes a su lado. Cada una de mis hermanas regresó a su lugar mientras se reían de mí. Yo no pude dormir. Me quedé con las luces encendidas, sentada en la alfombra, esperando el amanecer. Cuando la luz del día empezó a caer, acomodé mis cosas. Me dirigí a la cocina a preparar café y pan francés para desayunar.

Toda la mañana fui objeto de las burlas y chistes de mis hermanas. A mediodía, cargamos la camioneta con los objetos que nos llevaríamos, cerramos con candado la puerta principal y me despedí de aquella casa a la que prometí nunca regresar. Sin embargo, me tragué mis palabras dos semanas después, cuando mi madre me pidió acompañarla por los restos de mi tía Nina; la abuela le escribió en una carta que el cuerpecito estaba enterrado en el jardín. Mi madre me hizo jurar que el secreto se quedaría entre nosotras, que la reputación de la abuela no se mancharía con la acusación de la maternidad producto del adulterio. Qué diría la familia y los vecinos de saber que había tenido una hija aquellos años en los que el abuelo la dejó sola para irse a trabajar a otra ciudad.

Contuve el terror que me causaba estar en esa casa.

El miedo se mezcló con tristeza cuando recordé la cara de aquella niña al mirarme; estaba más asustada que yo. Aunque intente imaginar cómo fueron sus vidas, no me acercaría siquiera un poco a su sombría situación: una pequeña que nunca conoció más allá del jardín y una madre que tuvo que guardar en secreto su pena.

Nina murió muy pequeña, poco antes de que regresara el abuelo. La carta que dejó la abuela no da detalles de lo que le pasó. Imagino que pudo ser víctima de cualquier enfermedad. Encerrada en casa, sin vacunas, sin ninguna atención médica; cualquier situación de salud podía ser mortal. También se me vienen a la cabeza otras teorías, pero no soy quién para juzgar a mi abuela. He tenido el privilegio de decidir y de llevar mi vida como he querido.

Nos apresuramos a exhumar los restos de mi tía y le prometí a mi madre no contarles nada a Andrea y a Laura. Para la familia, la única oveja negra, seguiré siendo yo.

EL CUIDADO EDITORIAL DE LA PRESENTE VERSIÓN DIGITAL DE
“**EL LADO EQUIVOCADO**” DE LA COLECCIÓN
“CANASTA DE *ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS*”
ESTUVO A CARGO DEL
INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

EJEMPLAR GRATUITO Y DE LIBRE DISTRIBUCIÓN



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal



IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Raquel Hoyos Guzmán es licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP. Es autora de la compilación de cuentos “*Maldita*”, editada por la Secretaría de Cultura del estado de Puebla en 2021. Ganó el concurso de cuento de Rock Parménides García Saldaña en 2017; el segundo lugar en el certamen de cuento Mujeres en Vida 2019, organizado por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; y el primer lugar en la convocatoria “*Los excéntricos*”, de la editorial tijuanense Lapicero Rojo, en el mismo año. En 2021 obtuvo el primer lugar en la convocatoria “*Otras formas de amar*” de la plataforma Ipstori y el segundo lugar en el concurso “*Mujeres que se vuelven tinta*”, convocado por el Centro Cultural Elena Garro.

Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos es una colección que promueve el talento local ofreciendo una variedad de temas que ponderan la formación de nuevos lectores. Dichas obras fueron seleccionadas a través de una convocatoria dentro del municipio, son de distribución gratuita y poseen una calidad literaria que además difunde el arte y la cultura de la ciudad.

